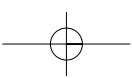
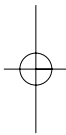
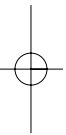


Una princesa de Roumania





Una princesa de Roumania

Paul Park

Traducción de
Adela Torres Calatayud



Título original: *A Princess of Roumania*
© 2005, by Paul Park

Primera edición: abril de 2007

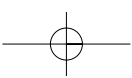
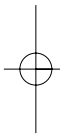
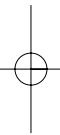
© de la traducción: Adela Torres Calatayud
© de esta edición: Libros del Atril S.L.
Marquès de l'Argentera, 17. Pral. 1.^a
08003 Barcelona

Impreso por Puresa, S.A.
Girona, 206
Sabadell (Barcelona)

ISBN: 978-84-96575-55-4
Depósito Legal: B. 1392-2007

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

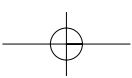
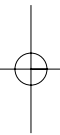
ESTE LIBRO ES PARA MI AMIGO JIM CHARBONNET,
QUE IBA A AYUDARME CON EL FINAL



Comentario

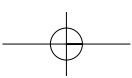
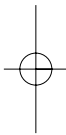
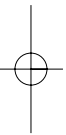
La vida es un glorioso y complicado musical,
Una mezcla intempestiva;
Y si el amor es algo que no puede salir mal,
Soy Marie de Roumania.

DOROTHY PARKER



1

El Cerdo Rojo llega
al condado de Berkshire



1

Peter

A principios de agosto, después de que su mejor amiga, Andrómeda, se fuera a Europa, Miranda encontró a un chico en el bosque. Sabía quién era. Su nombre era Peter Gross. No tenían amigos comunes, aunque iban a un instituto pequeño. Miranda era buena estudiante, popular y apreciada. Peter Gross no era ninguna de esas cosas.

Tenía el pelo castaño, dientes torcidos, piel morena. Por un defecto de nacimiento, le faltaba la mano derecha y la mayor parte del antebrazo. Miranda le conocía de años atrás. Pero le habló por primera vez en la casa del hielo, que era una casita en ruinas cerca de una pequeña presa de piedra, en un área de unos pocos acres boscosos entre la universidad y el campo de golf.

Era un lugar que ella visitaba de vez en cuando, una pequeña edificación de piedra medio escondida entre las matas de adelfas. Tenía un tejado de madera derruido. Solía ir allí a leer libros, a estar sola, y al principio se irritó al verlo en su lugar secreto. Casi fue de vuelta a su bicicleta para irse. Luego pensó que esperaría a que él se fuera. Y después empezó a interesarse en lo que hacía; había construido un reservorio bajo la presa con un pedazo de plancha, para crear un estanque más grande. Había hecho una compuerta para que escapara el agua, y estaba acuclillado en la presa cazando alevines y ranas. Su mano se movía rápida en el agua.

Ella se quedó de pie bajo los sauces mientras él cazaba una rana y la dejaba ir. Al cabo de algunos minutos ella supo, por la tensión en sus hombros, que él sabía que le estaba observando.

PAUL PARK

Entonces le dio demasiada vergüenza no ir, y se sentó a su lado, rascándose las piernas quemadas por el sol. Pensó que le apetecería algo de compañía. Probablemente no conociera a mucha gente. Pero él seguía concentrado en el agua y apenas alzó la vista.

—Eh —dijo ella.

—Eh.

¿De qué hablaron aquella primera vez? Después no pudo recordarlo. Miranda había leído en los periódicos la noticia de la muerte de la madre de él quizá un año atrás. Andrómeda también había mencionado algo; la madre de Peter había sido secretaria en el departamento de Inglés en la universidad, donde trabajaban los padres de todo el mundo, y donde Stanley enseñaba astronomía.

De algún modo, saber lo de su madre hacía más fácil hablar con Peter, aunque Miranda pensaba que tendría que ir con cuidado al hablar de su propia familia. Ese verano estaba teniendo algunos problemas en casa. Una tarde, a mediados de mes, apareció en la casa del hielo un poco tarde. Todo lo que hacía estaba mal, dijo, y no había parte alguna de su vida que Rachel no quisiera supervisar. No tenía intimidad. Llegaba a casa y sus zapatos estaban alineados bajo la cama, a pesar de que había pedido a Rachel que no entrara en su habitación. Aún peor, el ordenador estaba encendido, aunque estaba casi segura de no haberlo tocado. Quizá lo había hecho. No importaba. Tendría que cambiar sus contraseñas.

Sentada en la presa, tirando de un trozo de goma suelto en su zapatilla, dijo:

—Siento como que mi vida no es mi vida. Mi casa no es mi casa, y mis padres no son mis padres. Y no lo son, claro.

Peter masticaba una larga brizna de hierba, como era su costumbre.

—¿Qué quieres decir?

Ella se sentó con las piernas cruzadas y examinó un araña-zo en su rodilla.

—Supongo que cuando Rachel y yo discutimos, a veces la miro y pienso: «No eres mi madre de verdad. Mi verdadera madre está en algún lugar de Rumanía».

—¿Por qué Rumanía?

—Porque es ahí donde está. —Y entonces le habló de cómo fue adoptada en el orfanato de Constanta. Dio una patada en el aire, sobre el borde de la presa—. Está en el mar Negro. ¿Has oído hablar de ella?

Peter se encogió de hombros. El arroyo bajo la presa corría casi sin agua. Apenas más ancho que una serpiente, se deslizaba sobre un lecho de barro seco.

—Sé un poema sobre Rumanía —dijo.

Su mente estaba llena de fragmentos de poesía que su madre le había enseñado. Ya le había recitado algunos.

—«La vida es un glorioso y complicado musical» —citó él ahora, y luego algunos versos más.

Esto resultaba muy molesto, aunque ella sonrió a su pesar.

—Eh, cállate —dijo, porque él no la estaba tomando en serio—. A veces me siento todo el rato con ganas de llorar —dijo, lo que era una exageración.

Peter miraba pendiente arriba al otro lado del arroyo, con los ojos entrecerrados, al parecer sin prestar atención. Entonces se volvió hacia ella. Le interesaban cosas como las lágrimas o la rabia, pensó ella.

—¿Por qué? —preguntó él.

—A veces sólo es esa palabra. Rumanía. Me revuelve el estómago.

Había llevado la conversación más lejos de lo que quería. Sólo había planeado contarle algunas de esas cosas. Pero ahora sentía que debía continuar, por culpa de ese estúpido poema.

—Yo tenía tres años. Tengo imágenes en la mente, pero no puedo decir lo que es real, lo que es inventado. Hay una mujer a la que llamo mi tía. Hay un viaje en tren. Hay un hombre, y me está hablando, está intentando que haga algo que no quiero hacer. Hay una cabaña con tejado de cinc, y él me habla desde la terraza que hay sobre la playa. Hay un castillo de piedra con una aguja... es como una postal en mi mente. Hay una habitación pequeña que mira al mar.

Rachel y Stanley la habían encontrado en Constanta. Le habían dicho que su familia había desaparecido durante la revuelta contra Nicolae Ceausescu, el dictador que había destruido su país. Pero entonces, ¿quién era la mujer de la imagen? Tenía la piel áspera, pelo gris, ojos oscuros. Llevaba el pelo re-

PAUL PARK

cogido en lo alto de la cabeza, y vestía muy elegantemente, con pieles. Era invierno y parecía tener frío. Pero la sonrisa en sus labios escarchados estaba llena de amor.

—Maldita sea —dijo Miranda.

Peter había metido la brizna de hierba entre sus dientes delanteros, y sonreía.

—Sigue.

—Maldito seas. —Miranda se sonrojó. Se sorprendió al notarse la cara caliente, y lágrimas bajando por sus mejillas. ¿Era una emoción real? No pudo saberlo.

Peter desvió la mirada.

—No estoy seguro de creerte —dijo—. Creo que intentas hacerme quedar como un tonto.

—¿Qué quieres decir?

—Todo el mundo cree que es de algún sitio lejano. O de otro planeta. Eso no quiere decir que lo sean.

Ella se rascó la nariz.

—Sí —dijo—. Supongo que tienes razón.

Unos minutos antes, había fingido estar más enfadada de lo que estaba. Pero ahora estaba furiosa y no lo mostró. ¿Quién era Peter Gross para mostrarse condescendiente con ella? Aunque era mayor que ella, nunca había actuado así antes.

Miró arroyo abajo, donde la corriente desaparecía en un amasijo de saucos rotos. No le miró, aunque notaba que él sí la estaba mirando. Entonces se levantó.

—Tengo que irme —dijo—. Rachel me quiere llevar de compras antes de que empiecen las clases.

Él tenía un trozo de hierba atascado entre los dientes.

—Lo siento si te he ofendido —dijo.

—Eh, no pasa nada. Tienes razón.

—¿Vendrás mañana?

Ella se encogió de hombros.

—Tengo cosas que hacer.

Aunque se quedó un rato, quitándose el polvo de los zapatos, tenía ganas de irse. Y cuando pedaleó de vuelta por el camino de tierra tras la caseta de los terrenos del departamento, se preguntó por qué tenía que volver alguna vez, lo que la puso triste. No tenía que probarle nada a Peter Gross.

Aunque quizá sí, porque al día siguiente entró a escondidas

en la habitación de sus padres y encontró la caja con sus cosas de Rumanía en el estante de arriba del armario. Por la tarde las metió en su mochila de cuero y pedaleó a la casa del hielo.

Durante cosa de un minuto, ella y Peter se sentaron a escuchar a los pájaros. Y luego:

—A ver —dijo él.

Ella se tomó su tiempo. La casa tenía un amplio escalón de piedra, y lo primero que hizo fue limpiarlo con el canto de la mano. Luego abrió la mochila y sacó un chal de terciopelo gris con flecos, que desplegó y extendió sobre el escalón. Luego sacó un sobre color manila y un bolso negro bordado con cuentas. El sobre contenía un libro encuadernado en cuero con páginas de bordes dorados, muy finas, casi transparentes.

—Papel cebolla —le dijo.

Hubo un tiempo en su vida en el que miraba estas cosas casi diariamente. Pero ahora hacía años que no las tocaba. Aun así lo recordó todo al abrir el libro, las misteriosas palabras extranjeras, la inscripción escrita a lápiz en el lado contrario del frontispicio, que era un retrato fotográfico pintado a mano de Carol I, rey de Rumanía. Su perfil de halcón, barbado, se veía con extraordinaria claridad. Se podía ver el pelo canoso de su cuello.

—Se llama *Una historia básica* —dijo ella—. Pero no sé leer rumano. Stanley dice que cuando me encontraron en el orfanato, yo casi no sabía hablar. Estaba aún en la cuna. Cuando vaya a la universidad, aprenderé de nuevo.

Colocó el libro cuidadosamente sobre el terciopelo gris. Dejó que se abriera por donde tenía el marcapáginas, una cinta más o menos por la mitad. Luego se puso a sacar sus cosas una a una del bolso de cuentas. La mayoría estaban envueltas en clínex, y las desenvolvía y disponía según el ritual que recordaba. Primero, un encendedor de plata, decorado y grabado con las iniciales FS bajo una pequeña corona. Segundo, un medallón de plata en una cadena también de plata. Al abrirse revelaba dos caras en color sepia, una mujer y un niño.

Tercero, cuarto, quinto y sexto eran monedas: grandes, sólidas, pesadas, antiguas, de oro. Y luego una más pequeña, de plata, que Stanley consiguió identificar con ayuda de un libro de la biblioteca. Era un dracma griego, determinaron, de dos

PAUL PARK

mil años de antigüedad, estampado con la cabeza de Alejandro *el Grande*.

Rumanía había sido conquistada por los romanos en el siglo II. Pero antes de eso, Constanta había sido una ciudad griega. Mientras desenvolvía el último objeto, Miranda recordó los restos de una fantasía de cuando era pequeña, una imagen de sí misma como una princesa, de pie en la costa del mar Negro, con el agua cálida lamiendo las punteras de sus botas de montar. Había caminado desde la terraza del castillo hasta la playa. Había alguien arriba, en el parapeto... ¿era ese hombre, de Graz? ¿De qué tenía miedo? ¿Por qué estaba siempre vigilándola?

Como siempre, había dejado lo mejor para el final. Dentro del nido de clínex había una pulsera de once cuentas de oro, cada una con forma de cabeza de tigre. Y en el cierre plano había un círculo de letras diminutas, indescifrables incluso a través de la lupa más potente, como la que Stanley le había traído del laboratorio.

Dejó correr las cuentas por sus dedos. Cada una era diferente. Imaginaba que eran más antiguas aún que la moneda de plata. Una vez en un viaje a Washington D.C. Rachel la había llevado a un museo donde habían visto una exposición de ornamentos escitas del mar Negro. Había un par de pendientes de oro que le habían recordado a su pulsera, aunque no eran tan bonitos.

Miranda alzó la vista. A través de la puerta abierta de la casa del hielo podía ver el pozo en mitad del suelo de piedra. En él crecían arbolillos. No había bichos, no había mosquitos. No hacía viento. La luz caía en lanzas a través de las hojas quietas. Miranda sujetó la pulsera en torno a su muñeca. Brilló a la luz.

Peter sonrió. Se sacó la hierba de entre los dientes.

—La vida es un glorioso y complicado musical —dijo.

«Una mezcla intempestiva;
Y si el amor es algo que no puede salir mal,
Soy reina de Rumanía.»

Lo había recitado el día anterior, burlándose de ella con el último verso. Pero ahora se daba cuenta de que no se burlaba.

Y sabía la definición de «intempestiva» porque lo había mirado la noche anterior: «inoportuna, inopinada», lo que no le sonaba tan glorioso. Era el tipo de persona que tenía pesadillas sobre perderse clases y llegar al instituto en ropa interior. El poema era de una mujer llamada Dorothy Parker, dijo él, cuando ella le acusó de habérselo inventado.

Sabía cuánto significaban esos poemas para él. Los había aprendido de su madre, lo que los hacía como las cosas en la mochila de Miranda, regalos de un pasado perdido. De modo que en ese aspecto se parecían, pensó. Ahora él estaba sentado en el borde de piedra de la presa, mirando los rayos de luz y guiñando los ojos. Con la mano izquierda se rascaba el muñón del antebrazo derecho. Parecía que le picaba a menudo.

Aunque iba sólo un curso por delante, era casi dos años mayor que ella. Nunca se había mostrado amistoso, ni siquiera en los primeros cursos. A Rachel no le gustaba porque no era «material universitario», como ella decía, una frase que implicaba muchas cosas sin querer decir nada en concreto.

Ahora él se levantó.

—Vamos —dijo.

—¿Dónde?

—Quiero enseñarte una cosa.

Esperó mientras ella envolvía de nuevo sus cosas y las guardaba. Luego dio la vuelta y saltó la presa de piedra sobre la corriente. Conocía todos los senderos a través de los bosques y de las propiedades de la gente. Esas últimas dos semanas le había enseñado algunos. Algunos eran «senderos de ciervos», como él los describía, y otros, según sospechaba Miranda, los mantenía él sólo. Siempre resultaban ser las rutas más rápidas, más directas, y más secretas a cualquier lado. Pero ella volvía a casa después de seguirlas, tenía que quitarse hierbas y espinas de la ropa y el pelo.

Fueron cuesta arriba por el bosque y luego por el campo de golf. Cruzaron la carretera frente al museo de arte, pero de inmediato volvieron a los árboles, trazando un círculo hasta llegar al aparcamiento. Treparon por la valla y colina abajo hacia los bosques más cerrados y llenos de maleza. La mayoría de los años era una zona pantanosa. Ahora estaba seca.

—Mira esto —dijo Peter.

PAUL PARK

Bajo un arbusto, junto al tronco podrido de un árbol, había excrementos de algún animal.

—Mira aquí —dijo Peter, mostrándole un punto donde algo se había restregado contra la corteza hasta eliminarla—. ¿Qué crees que es?

Ese verano había habido avistamientos de extrañas criaturas en el condado de Berkshire. La gente decía que era por la sequía, porque no había agua en las colinas. A veces en el periódico Miranda había visto fotos borrosas de lince y osos.

—Esperemos —dijo Peter, sentándose en el tronco podrido.

Sacó su armónica del bolsillo trasero y la frotó en sus vaqueros. Ésa era otra costumbre suya. El modo de frotar el baqueteado metal hasta que brillaba era muy adulto y profesional. La primera vez que le había visto hacerlo, había esperado quedar impresionada. Se hubiera impresionado con cualquier cosa, incluso una canción reconocible, por mal tocada que estuviese. Pero él siempre se limitaba a tontear, y eso estaba haciendo ahora. Sujetó la armónica en la mano izquierda, y la rodeó con el antebrazo derecho, donde el muñón terminaba en unos curiosos y pequeños nódulos; dedos vestigiales, suponía ella. Él sopló levemente en la abertura e hizo ruidos suaves, como de papel.

Miranda iba a llegar tarde a cenar. El sol se estaba poniendo. Se puso en pie, con la mochila al hombro, e iba a decirle a Peter que de verdad tenía que irse, cuando él apartó la boca de la armónica y dijo:

—Éste era el sitio favorito de mi madre en esta colina. Solía venir aquí a recoger estiércol de vaca para su jardín. Ahora no es gran cosa, pero tendrías que verlo en primavera. Todo está alfombrado de flores azules.

Ella miró en derredor. Ahora, como si la madre de Peter lo hubiera tocado, podía ver que era un sitio bonito, un pequeño claro entre los arbustos, donde algunos árboles altos crecían rectos. Aunque ella ya no estaba enfadada, podía ver que él estaba tratando de hacer las paces y darle algo.

—Lamento lo de ayer —dijo él.

—¿Qué?

—Lo de fingir que no te creía. Rumanía... sonaba tan raro...

—Está bien.

Él sacó más sonidos tontos de la armónica. Y luego:

—Quiero saber —dijo—. ¿Puedes describirla?

—¿El qué?

—La postal. El castillo en la playa.

Ella cerró los ojos.

—No es un castillo en realidad —dijo, tras un momento—.

Es pequeño. Pero los muros son de piedra, y las ventanas son estrechas. Los tejados están en pendiente y son de color verde, como cobre viejo. Hay una torre con una aguja, y una terraza amplia que da al mar. El agua llega al borde del parapeto durante la marea alta. La terraza está hecha de baldosas rojas, y hay sillas y mesas con revistas y periódicos. La mujer vieja se sienta allí durante las tardes, tomando té y escribiendo cartas. Yo solía jugar allí con Juliana cuando mi tía no estaba en casa. Tirábamos ladrillos al océano.

Abrió los ojos.

—¿Y la cabaña? —preguntó él, pero ella negó con la cabeza. Una imagen era suficiente. Además, él no escuchaba. Había oído un ruido, y ahora ella también lo oía, un susurro de hojas, y luego nada. Peter alzó el muñón de su mano, pidiendo silencio mientras devolvía la armónica al bolsillo trasero.

Luego se volvió hacia ella.

—¿Seguiremos siendo amigos —preguntó— después de que empiecen las clases?

Ella no lo sabía, no dijo nada. Tras un minuto, él señaló con el índice una piedra blanca, esférica, más o menos del tamaño de una calavera humana. Estaba medio enterrada en musgo.

—Mi madre me enseñó eso, hace años. ¿Qué piensas?

Miranda se arrodilló para echar un vistazo. Era una cosa un poco rara, y se parecía mucho a una calavera tallada en piedra. Incluso vista de cerca, no estaba segura de si estaba mirando un artefacto o un pedazo de piedra.

De cualquier modo era un poco siniestro. Sintió como si alguien le hubiera tocado suavemente la espalda. «Probablemente no», pensó Miranda de súbito, en respuesta a su pregunta. Ella ya se había estado preguntando lo mismo.

Esa noche ella y Rachel discutieron. Rachel era buena cocinera y había preparado el plato favorito de Miranda para el verano, pollo frito y ensalada de frutas. Había estado listo a las

PAUL PARK

seis y media, pero Miranda no llegó a casa hasta pasadas las ocho.

Cuando Rachel estaba enfadada, su voz era suave. Era una mujer delgada, ligera, de huesos pequeños.

—En primer lugar —dijo—, no quiero que salgas sin ponerte protector solar. En segundo lugar, ya te he enseñado el artículo. Te quiero en casa a las seis en punto por las tardes y a las seis y media los fines de semana. ¿Estabas con ese chico?

Rachel había planeado comer fuera, en la mesa de picnic del patio trasero. Pero cuando oscureció, ella y Stanley llevaron la comida dentro, a la mesa de la cocina, aparentemente sin probar bocado. Esto hizo enfadar a Miranda también, porque parecía un reproche.

—No tiene por qué gustarte —dijo.

Durante períodos de calma, Miranda y Rachel llevaban vidas separadas. Pero cuando las cosas se tensaban entre ellas, Miranda se descubría haciendo confidencias a su madre adoptiva, contándole secretos en un torrente furioso. Ahora lamentaba intensamente haber mencionado a Peter Gross. Ella y Rachel estaban en lados opuestos de la mesa de la cocina. Stanley estaba en el salón, bebiendo una cerveza.

—Sólo quiero saber cuáles son sus intenciones —dijo Rachel—. ¿Lo sabes tú? Eres bonita, y él es mayor que tú. Sé que ha tenido problemas con la policía. No quiero tener que prohibirte que vayas a donde quieras. Sólo quiero que pienses en ello, ¿es tan terrible? Sólo quiero que uses el sentido común. Esas cosas tuyas son valiosas, las guardo en el armario por una razón. No puedes llevarlas por ahí sin más.

—Puedo hacer lo que quiera con ellas —dijo Miranda—. Y puedo elegir a mis amigos. Puede que seas demasiado esnob para verlo, pero es un buen chico.

Rachel la miró con los brazos cruzados sobre el pecho. Luego se dio la vuelta y miró por la ventana de encima del fregadero al patio oscuro. Miranda podía ver el reflejo de los labios de su madre. Furiosa, se lanzó escaleras arriba hacia su cuarto. Y estaba furiosa consigo misma. Parecía hipócrita y sin sentido estar defendiendo ahora a Peter, porque casi había decidido dejar de verle.

Y

Estaba en la cama, sobre su estómago, hojeando las pequeñas y translúcidas páginas de *Una historia básica*, cuando Stanley llamó a su puerta y entró. El cuarto estaba a oscuras, pero ella había encendido algunas velas. Una ardía en la cabecera de su cama, otra en la mesilla de noche.

Vivían en el centro de la ciudad, en una vieja casa que Rachel había llenado de muebles antiguos y objetos de arte. La habitación de Miranda estaba en el segundo piso, en un aguillón que miraba al patio trasero. La ventaba estaba abierta, y la luz de las velas temblaba en la leve corriente de aire. La mecedora de Miranda, su armario de roble y la cómoda invadían el espacio con sus sombras. Cada vez que su familia política de Colorado les visitaba, se llevaban a Rachel a comprar algún otro mueble grande y polvoriento.

La luz titilaba en el suelo barnizado y en el revestimiento de madera de la pared. Stanley se sentó junto a la alta cama de roble con dosel, y miró a su hija pasar las páginas de un libro que no podía leer. La vio mover los labios, tratando de pronunciar las extrañas palabras rumanas.

Cuando Miranda era pequeña, Stanley había pedido a un amigo suyo que le echara un vistazo al libro, un librero y lingüista al que habían intrigado la elegancia de la encuadernación, los hermosos y pequeños mapas y retratos, la ausencia del nombre del editor o del autor, cualquier fecha o información de la edición. Su amigo creía que el libro habría sido hecho a mano por algún monárquico rumano en el exilio o escondido. Las descripciones del gobierno de Ceausescu estaban llenas de amargura. Pero aparte de eso el texto era académico y lleno de hechos. Había bastante historia natural básica. Había una sección dedicada a cada país del mundo.

Miró a su hija un momento. Si sabía que estaba ahí, no lo dejó ver incluso cuando él le puso una mano en los riñones.

Como cada vez que ella le miraba, con el pelo liso y oscuro cayendo por los hombros, apartado de la cara por orejas delicadas y ligeramente prominentes, su corazón se llenaba de sentimientos que no podía identificar. Felicidad, pensó, aunque no parecía felicidad. Miranda estaba boca abajo. Una de sus pier-

PAUL PARK

nas se doblaba por la rodilla, y el pie desnudo, sucio, encallecido, arañado, quedaba cerca del hombro de él. El otro golpeaba la colcha de verano. Casi toda la laca de uñas, de un curioso color turquesa, había desaparecido.

Ella cerró el libro sobre la almohada. Stanley siguió su mirada, que iba ahora a la cabecera tallada, a la vela en su pequeño estante.

—Háblame de Rumanía —dijo ella, lo que le sorprendió. Había pasado mucho tiempo desde que mostrara curiosidad sobre eso. Su voz no era hostil, pensó. Pero tenía una suavidad que no acababa de entender.

—Tu madre te quiere mucho —dijo, pero luego se detuvo, corregido por el golpe del pie de su hija contra la colcha. Esperó, y cuando el pie se detuvo, se aclaró la garganta y contó una versión de la misma historia que le había contado tantas veces cuando era pequeña. Entonces había tratado de convertirlo en un cuento de hadas. Pero incluso entonces había acabado describiendo sinceramente lo que había sentido al verla por primera vez, de pie en su cuna de metal, mirándole con calma con sus ojos azules en esa sala llena de niños silenciosos, desinfectados. Había sonreído y le había señalado con el dedo. Había intentado describir los sentimientos y no el lugar, que era horripilante. Su pequeña estaba flaca, desnutrida, con la cabeza afeitada a causa de los piojos.

«Eras mi princesa», había dicho cuando ella era pequeña, y ella le había echado los brazos al cuello y había apoyado la mejilla contra su pecho, acurrucándose satisfecha para escuchar. Pero al hacerse mayor perdió interés por Rumanía, excepto como expresión de enfado. Que era, supuso él, la razón de que sacara el tema ahora.

Ahora le contó la verdad literal, tal como la recordaba. No tenía el don ni la capacidad de inventar.

—Volamos a Bucarest y pensamos que volveríamos enseguida a casa, pero tuvimos que quedarnos unas semanas. Las leyes estaban cambiando, y había gente en el nuevo gobierno a la que no le gustaba que los niños fueran adoptados por extranjeros, ni siquiera los de los orfanatos, que por entonces estaban repletos. Y Rachel pensó que era importante ver algo del país, aunque era difícil. Esto fue después de la revolución contra Ceausescu y su mujer. Habían sido asesinados el día de Na-

vidad. Pero en realidad nada cambió después. La gente que subió al poder eran todos hombres de Ceausescu, también el nuevo presidente. Había manifestaciones cada día, gente por las calles. Tu madre y yo habíamos firmado un contrato para adoptar un niño en Bucarest, pero se anuló en el último momento, nunca supimos por qué. Pero tuvimos suerte, porque entonces volamos a Constanta y te encontramos.

—¿Cómo era?

—Fuimos en otoño, y llovió casi todos los días. Los hoteles eran malísimos y no había mucho para comer, sólo latas, en realidad. El campo era precioso, pero en Bucarest Ceausescu había derribado la mayoría de los viejos barrios. Quedaban sólo edificios enormes, feísimos, de cemento. Pero la gente decía que una vez fue como París.

Nada de esto era lo que ella quería oír, pensó. Esperó a escuchar su susurro. Sabía que llegaría.

—¿Qué dijeron de mí?

Él se encogió de hombros.

—No mucho. Te llamaron Miranda, lo que era raro porque no es un nombre rumano, como supimos luego. Preguntamos por tu familia, pero no pudieron decirnos nada. El nombre de tu familia era Popescu, pero eso es como Smith o Jones. Dijeron que no era necesariamente tu nombre real. Oímos que tus padres habían estado en los disturbios de Timisoara en diciembre. Pero eso está al otro lado del país, y nadie nos dijo cómo acabaste donde te encontramos.

—¿Visteis un castillo en Rumanía? —Y Miranda se lo describió, con el largo parapeto paralelo a la playa.

—Creo que vi una foto de algo así —dijo.

—¿Dónde?

Stanley se encogió de hombros.

—Creo que es famoso. La reina Marie vivió allí antes de la Segunda Guerra Mundial.

Ella aún no le había mirado. Yacía sobre su estómago, mirando la llama de la vela.

—Tu madre te quiere —empezó él, y se detuvo. Y luego—: Creo que ahora las cosas van mejor en Rumanía. Hay un gobierno diferente. Podríamos volver si quieres. Podríamos hacer un viaje, quizá el verano próximo. ¿Te gustaría?

PAUL PARK

Ella giró en la cama y le miró. Se apartó el pelo de la cara, sujetándolo detrás de la oreja. Él imaginó que estaba tratando de ver si hablaba en serio. Entonces le cogió la mano, tan fuerte que casi le dolió.

—Apresura lo inevitable —dijo, lo que le confundió, aunque reconoció la frase con alegría. Había sido una de las máximas de su padre, y se la había pasado a ella.

—Apresura lo inevitable.

—No —dijo ella—. Soy feliz aquí.

Él sintió algo afilado en su corazón.

—Tu madre estaba preocupada, eso es todo. No estaba intentando castigarte. Pero sabe que ese chico es sospechoso de colarse en edificios de la universidad.

Miranda levantó la mano, separó los dedos.

—¿Qué hay de mis cosas? —preguntó.

Desviado por un momento, Stanley hizo una pausa.

—Bueno, eso es un tanto raro. Todas esas cosas las dejaron contigo, en los bolsillos de un abrigo de niño. Una de las enfermeras nos las dio después de que firmáramos los papeles, medidas en bolsas de papel. No, fue al día siguiente; vino corriendo mientras estábamos en los escalones del hotel. O bien era extremadamente honrada, o bien nunca miró lo que había dentro. No descubrimos la mayoría de las cosas hasta llegar a casa. Estoy seguro de que no nos hubieran dejado sacarlas del país si lo hubieran sabido. La pulsera y las monedas estaban cosidas en el forro. El crucifijo estaba envuelto en papel de periódico en un bolsillo interior. Aparte del libro, eso fue lo único que nos mostró. Nos dijo que perteneció a tu madre.

En un instante, Miranda había saltado de la cama hacia el armario junto a la ventana abierta. Estaba lleno de ropa que nunca se ponía, regalos de los padres de Rachel, «ropa de chica», como ella la llamaba despectivamente. Pero el abrigo estaba allí, hecho de lana verde oscuro que Stanley asociaba con Austria. El cuello de terciopelo negro estaba desgastado y pelado. Miranda se sentó en la cama con las piernas cruzadas, oliendo la vieja tela, y luego buscando el forro roto, como si pudiera haber algo que nunca habían encontrado, una carta o una llave. El abrigo era para un niño de quizá unos ocho años.

Pasó el pulgar por el interior de la prenda y encontró el bol-

sillo, oculto bajo una solapa de tela. Allí estaba la cruz, un pequeño trozo de acero de aspecto antiguo, colgando de una cadena de acero.

Miranda se puso la cadena al cuello.

—¿Nunca le preguntasteis nada sobre mi madre?

—Estábamos demasiado sorprendidos. Para ser sinceros, no nos dimos cuenta de que era del orfanato. Hablaba un inglés bastante bueno, y recuerdo sus ojos verdes. No supimos su nombre.

Ahora Miranda estaba sentada con la tela contra la nariz, como si estuviera intentando inhalar cualquier pequeño vestigio de Rumanía que quedara.

—Un misterio —musitó.

Stanley sonrió.

—Un misterio. Luego escribimos una carta al orfanato, pero no tuvimos respuesta.

La verdad, pensó, pero no lo dijo, era que Rachel no había querido saber demasiado. Quizá eso había sido un error.

—El próximo verano podríamos ir —repitió, aunque se imaginaba que Rachel lo prohibiría.

Miranda se sentó un rato con el abrigo en el regazo, y luego cogió de nuevo el libro.

—No recuerdo nada del resto —dijo—. Pero recuerdo esto. Una mujer me dio este libro. Me lo puso en las manos. Estaba vestida con pieles rojas, pieles de zorro o algo así. Vi una de las cabezas colgando. Llevaba pintalabios rojo oscuro, y pendientes de joyas. Estaba en el andén, y yo en los escalones del vagón. Estaba oscuro, y podía ver las hileras de pinos junto a las vías. Había una farola, y la luz brillaba en un círculo de nieve. Me caía nieve en la cara. Un hombre en el andén tocó un silbato, y mi tía me puso este libro en las manos cuando el tren empezaba a moverse. Me dijo que lo guardara a salvo hasta que tuviera noticias suyas. Enviaría un mensajero.

—Cariño, tenías tres años —dijo Stanley. De hecho, no habían sabido qué edad tenía. Los doctores y dentistas se lo habían dicho a la vuelta.

—Tenías tres años —repitió—. Cariño, ¿no ves cómo la mente nos juega estas pasadas?

Una vez, cuando tenía diez años, antes de perder interés,

PAUL PARK

había ido a Weston Hall a pedir a Marc Pedraza que le tradujera, no el libro, sino la nota escrita a lápiz en la página del título. Había vuelto muy excitada. El anciano había escrito la traducción en el reverso de una tarjeta, que estaba todavía dentro del libro.

Él fue a coger la tarjeta y ella le permitió pasar las páginas hasta que apareció. Y él leyó sobre el hombro de ella las letras temblorosas y pacientes del viejo profesor, tan distintas del minúsculo original:

Querida M. Una nota apresurada para decirte de nuevo que lleves esto contigo y lo mantengas a salvo. Cuando llegue la hora de entregarlo lo sabrás. Lamento tantas cosas. Prometí a tu madre que te daría el amor de una madre, pero sólo es una pálida versión. Una casa en la costa. ¡Una habitación en la torre de piedra para el *tygre* blanco! Quizá algún día entenderás mis dificultades, y quizá cuando aprendas a leer estas palabras, será señal de que te has preparado. Ahora mis enemigos pueden dañarme, y no sólo el cerdo sino muchos otros. Debo huir, o te encontrarán. Me duele en el corazón tener que dejarte con este libro y nada más, sólo un billete de tercera a Constanta como si fueras una sirvienta. De Graz y Prochenko estarán contigo, y confiarás en ellos porque eran hombres de tu padre. Rodica *la Gitana* se reunirá contigo en la estación. Si he estado demasiado preocupada y abatida para mostrarte el amor que te tengo, Dios sabe que todo lo que he hecho ha sido por ti y la Gran Roumania. Dios sabe también que te echaré de menos todos los días. Y si Dios nunca me concede ver de nuevo tu cara, has de saber que tu felicidad y seguridad son las últimas preocupaciones de tu fiel tía.

Después de un momento, él dijo:

—Es difícil pensar que ese mensaje no es para ti, por esa estúpida «M». De hecho, es interesante cómo la mente coge cosas y las convierte en recuerdos. El tren, la tía, las ropas raras, todo está aquí, y luego has creado una imagen con el resto. Créeme, cuando vuelvas, verás que Rumanía no es así.

Ella miró hacia arriba con la cara manchada de lágrimas.

—Pero si no es para mí, ¿qué significa?

Él se encogió de hombros, odiando por un momento el sonido razonable de su voz.

—Supongo que es un misterio. Tu madre y yo discutimos sobre si debíamos mostrarte algo de esto, o venderlo para pagarte la universidad. En cierto modo hubiera deseado que lo hiciéramos. Si no hubiera quedado nada, habría sido más fácil. Tener sólo este tesoro sin sentido es un poco cruel.

Ésta era una explicación racional. Pero no era cierta. En todo el tiempo y el espacio había sólo dos ejemplares de *Una historia básica*. Uno estaba en manos de Miranda esa noche, y el otro estaba en el ático de una casa en la calle del Salitre en Bucarest. Estos dos ejemplares no eran idénticos. En el libro de Miranda el retrato del frontispicio era del rey Carol I, reproducido de una fotografía oficial del monarca tomada en 1881, el año de su coronación.

Pero en la calle del Salitre ese nombre y esa fecha no significaban nada. En la página del título no había ninguna nota manuscrita. El retrato grabado mostraba las facciones ácidas y maleables de Valeria IX, emperatriz de Roumania, que en esos días se extendía desde el mar Negro hasta el Adriático, desde Hungría a Macedonia. Bajo el grabado había un renglón de texto, que no estaba en el libro de Miranda: *El autor espera que esta fantasía pedante y escuálida no merezca atención alguna*. Pero no había nombre del autor.

La calle del Salitre estaba en el cuadrante suroeste, cerca de los Campos Elíseos y del Campo de Marte. En esos días Bucarest era llamada la ciudad de zafiro, por las características cúpulas de cebolla cubiertas de azulejos azules de sus mil templos a los viejos dioses. No se parecía en absoluto al sitio que Stanley recordaba, la capital gris y mediocre de Nicolae Ceausescu, que también estaba descrita en muchas secciones de *Una historia básica*. Estas secciones fueron de particular interés para la baronesa cuando, en una tienda de empeños gitana, rebuscando en un arcón de cuero pintado, descubrió por primera vez el extraño libro.

Más tarde hizo que Jean-Baptiste le trajera el arcón a casa. Dentro había otros papeles interesantes, pero el libro era lo

PAUL PARK

más interesante de todo, decidió mientras lo estudiaba en un sillón del laboratorio de su marido en el ático. No había ventanas, pero la luz de la lámpara caía sobre el anillo de sello de su marido, grabado con el símbolo de su familia, el Cerdo Rojo de Cluj. Parecía fuera de lugar en su dedo manchado y mordisqueado, que ella deslizaba rápidamente sobre las hojas de papel cebolla. Fascinada, leyó sobre la historia moderna de Rumanía: la alianza con la Alemania nazi, la dictadura de Antonescu. Fascinada, siguió la invasión del Ejército soviético, la victoria comunista, y finalmente el despótico gobierno de Ceausescu.

Tanto embrollo de invenciones, pensó, ¿y para qué? Miró también las otras secciones, especialmente las descripciones de Norteamérica. Luego hojeó el libro atrás y adelante hasta que encontró, en la página de cortesía, una anotación escrita a lápiz con una caligrafía increíblemente pequeña, que reconoció.

En el ejemplar de Miranda esa página estaba en blanco. ¿Qué hubiera sentido si hubiera podido leer estas palabras, en un lenguaje que no conocía, bajo el índice impaciente de la baronesa?

La llevarás al orfanato de Constanta. Sigue las indicaciones que ya te he dado. Unos americanos la encontrarán, y se la llevarán de allí. La llevarán a una ciudad de Massachusetts, que está lejos de aquí. La protegerán y le darán todo lo que puedan. No será suficiente. El libro que tiene no se le puede arrebatar. Debe entregarlo. Por sí misma descubrirá la tristeza y no le romperá el corazón, lo juro.